

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

QUITEÑOS

AUTENTICOS

HOMENAJE AL MUY ILUSTRE
CONCEJO MUNICIPAL DE QUITO
EN EL CUARTO CENTENARIO
DE LA FUNDACION ESPAÑOLA
DE LA CIUDAD :::::::::::

QUITO. - ECUADOR.

Imprenta Municipal



QUITEÑOS

AUTÉNTICOS

COMO en vuelo de cóndores, a 2.850 metros sobre el nivel del mar, se asienta, entre las faldas del Pichincha que tantas veces se tiñeran de sangre en las luchas por la libertad, la pintoresca ciudad de Quito, relicario del agradecido corazón, que veló cariñosa nuestra cuna y nos proporcionó, desde la infancia, las más queridas visiones.

En marco de perpetua esmeralda y con un cielo de límpido azul, se recuesta, circundada de colinas que proyectan la sombra del bosque. No presenta plano perfecto de fatigosas líneas tiradas a cordel, sino que se sujeta, en caprichosas gradientes, a las ondulaciones del terreno, ya que fue primitivamente fundada en una cuchilla del monte tradicional y entre abras formidables. En el fervor de la propia seguridad, no consultó que la llanura le reclamara, porque las urgencias defensivas le pusieron en punto de difícil acceso, como varias ciudades aborígenes. La expansión urbana le va empujando hacia el Norte, más allá de Rumipamba, Iñaquito y Chaupicruz, conduciéndola por hermosas planicies, en las que han brotado elegantes edificios que están trazando el camino amplio del Quito del porvenir.

Atalayas pobladas que la observan con afecto son los incásicos Yavirá y Huanacauri y las otras lomas de Ichimbía, Puengasí, Alpahuasi, Longhui.

La urbe (¿por qué no llamarla así desde que fue sagrada capital de un reino?), al borde peligroso de grandes boquerones que le atraviesan de occidente a oriente, cegados hoy en gran parte, gracias a inauditos esfuerzos edilicios, vivía un sueño milenario, entregada a sus labores agrícolas, corrientes migratorias, luchas intestinas, conquistas y fiestas solares.

¿Quién la fundó primeramente?

Atrae las miradas de Benalcázar cuando vino en persecución de Rumihahui, quien incendió gran parte de la ciudad, destruyó sus templos y escondió el tesoro cuantioso de Atahualpa, en la imposibilidad de transportar tanto oro. ¡Qué desencanto el del conquistador y sus soldados cuando, al entrar en ella, en Diciembre de 1533, no vieran realizados sus sueños de codiciada grandeza! Los habitantes habían huido. Ampudia se encargó de atraerlos con fines siniestros, a fin de que las torturas obligasen a los indios a declarar dónde se habían sepultado tan ingentes riquezas.

En el informe presentado en 1934 al Concejo Municipal de Quito por su Presidente Sr. Dn. Jacinto Jijón y Caamaño, llega a estas conclusiones el distinguido historiador y arqueólogo:

(a) Quito no fué fundada por Benalcázar, ni Almagro, existía como núcleo de población importante, antes de la llegada de los Castellanos

b) El valle de Quito, con anterioridad a la Conquista Incaica, era un lugar fronterizo, entre dos de las principales naciones aborígenes, y en el cual sólo se había desarrollado una cultura rudimentaria.

c) Si es posible que en Quito hubiese habido antes de la llegada de los Incas, un caserío aborígen, es seguro que éste habrá sido muy secundario, y que el núcleo principal de población, en el valle, estaba más al Norte, en todo lo que llamamos Chaupi-Cruz.

d) Que Quito llegó a ser población de primer orden en el Imperio Incaico, por las necesidades de la guerra con los Caranquis y el apego que al sitio tomaron Túpac Yupanquí y Guayna-Capac, siendo, probablemente, el primero de los nombrados su fundador.

Atentos estos antecedentes, hay que apreciar el significado histórico de los hechos ocurridos en Riobamba, el 28 de Agosto, y en Quito el 6 de Diciembre de 1534. Aquí se trata no de una investigación histórica sobre sucesos que es preciso establecer, pero tan sólo de la apreciación del significado de acontecimientos bien conocidos.

En ninguno de los dos días mencionados se fundó la ciudad; existía desde años atrás; lo que aconteció es que se organizó la ocupación española de la población y, con ella, de todo el Ecuador; pero ya en Quito había estado Benalcázar, antes de la fundación de Santiago; luego no corresponden ni a la fecha del descubrimiento, ni a la conquista primera del lugar; los españoles retrocedieron a la provincia del Chimborazo, no a causa de la presión de los ejércitos indios, sino en virtud de la llegada de Alvarado. En la una se creó el Cabildo para una población ya conocida, a la que esperaban volver en breve, en la otra se instaló ese Ayuntamiento.

Si Quito hubiese sido fundada por los blancos, la segunda sería la fecha de mayor valor histórico; pero como la ciudad ya existía, es la primera.

El cuarto Centenario que este año se celebra es, pues, el del establecimiento del Municipio español en Quito, ciudad india ocupada por los Castellanos; así la fecha que debe conmemorarse especialmente es, a mi juicio, el 28 de Agosto». (1)

Cuando la geología se profundice más, merced a nuevas excavaciones, acaso se acierte a deducir la antigüedad de Quito y se aprecie con más bases el grado cultural de la era prehistórica.

La vieja ciudad surgió por el genio creador de algun Régulo de la nación de los Quitos, «que son los más antiguos pobladores indígenas de quienes se ha conservado memoria entre nosotros.» (2)

Seculares libros nos hablan del arribo de los Scyris — conquistadores que han fatigado la leyenda — entregados al vaivén de frágiles balsas que tocaron las costas de Manabí. Hallaron tierra propicia y se estable-

(1) "Gaceta Municipal," órgano del Concejo de Quito, publicado por la Secretaría Municipal.—Año XIX.—Nº 73.—Quito, Mayo 31 de 1934.

(2) Federico González Suárez.—Historia del Ecuador.—Tiempos antiguos o el Ecuador antes de la Conquista.

cieron en Bahía de Caráquez. Incendióse en su indomable espíritu la sed de aventuras y creció el deseo de poner su planta en nuevas comarcas. Después de inenarrable odisea, ascendieron el escarpado altiplano que vigila el Pichincha, habitado por los memorables Quitos. La barbarie fue esfumándose bajo el imperio del sagaz conquistador Caran Seyri. Pronto el sol recibió las plegarias de los fieles en el templo erigido en la cumbre del Panecillo. En otra eminencia opuesta, en la cima de San Juan, es fama que la luna era objeto de consagración oficial. Aunque la arquitectura no atraía, se dieron modos en transformar el febeo santuario en algo así como un observatorio astronómico.

Datos y testimonios de los ciclos culturales precolombinos se deben principalmente a los interesados en empequeñecerlos o desfigurarlos, a religiosos, guerreros y cronistas españoles que en busca siempre del oro americano, o impulsados por la terquedad doctrinaria, arrasaron las reliquias de estas comarcas, como si no mereciesen nunca ser estudiadas con sujeción a las fuentes de la historia (1).

Raros son los que procedieron con la gentileza del soldado que trazó «La Araucana» y en su epopeya no quiso poner protagonistas de su raza, sino que destacó la bravura de los indios y otras morales prendas.

Lo poco que ha quedado se presta a conjeturas, por carencia de sistemas gráficos incuestionables. Aquellos compartimentos de las estanterías que guardaban piedrecillas de distintas formas, eran vestigios de escritura ménos interpretativa que los quipos peruanos y los jeroglíficos de la opulenta México. Refiriéndose a los muiscas, chibchas y otras viejas civilizaciones preincásicas e incásicas, etc., observó el Dr. Quesada: «Su escritura — no conociendo el alfabeto — es figurativa, transformada insensiblemente en jeroglíficos ideográficos, pero los nahuatl no adelantaron mucho en esto, en lo cual descollaron tanto los mayas» (2).

En nuestros días, a cada paso en México se descubren soberbios monumentos que son claro trasunto del grado de civilización a que llegaron los aztecas. Continuamente notables expediciones nacionales y extranjeras se han ocupado en trabajos arqueológicos en ese dilatado país. (3)

En sus «Antigüedades de Manabí» consigna el Sr. Marschall H. Saville que «la costa de las provincias marítimas del Ecuador y Colombia del lado del Pacífico, arqueológicamente es muy poco conocida». «Las colecciones de objetos indígenas, añade, son escasas, y no obstante, el te-

(1) Ernesto Quesada. — «El desenvolvimiento social Hispano Americano. — I El período precolombiano» Buenos Aires — 1917) «Desgraciadamente la piedad fervorosa de esos frailes, dice, los llevó a destruir todo lo que se ligaba con la religión idólatra — para ellos — de aquellas naciones, y desaparecieron así enormes cantidades de objetos de todo género que habrían podido ser guía preciosa en el dédalo, hoy casi inextricable, de aquellas curiosísimas civilizaciones».

(2) En la misma obra el Dr. Quesada refiriéndose a las prístinas civilizaciones mexicanas y guatemaltecas, consigna que «las inscripciones comienzan por jeroglíficos en períodos formados por signos numéricos de un valor reconocido».

(3) Señalaré las expediciones: Eldrige R. Johnson, Teoberto Maler, Dr. S. G. Morley. (Esculturas Mayas rescatadas de la selva, por J. Alden Mason. — Boletín de la Unión Panamericana N° 5 — Mayo de 1934. — Washington).

ritorio, quebrado a veces, llano en otras, es muy extenso, de sur a norte, a lo largo de la cordillera occidental y oriental de los Andes». (1)

Debido al empeño de pocos, pero laboriosos y distinguidos arqueólogos de la talla del sabio alemán Max Uhle, que viviera en Quito larga temporada e hiciera oír su voz en la Universidad Central, y de su Mecenas señor Jijón y Caamaño, se ha descorrido algo el velo de la prehistoria ecuatoriana, pero, a causa de la pobreza de monumentos en pie, siguen multiplicándose las suposiciones, más o menos fundadas, que a veces, dolorosamente, han dado al traste con la tradición, tan hermosa y digna de veneración. Patriotismo es no desconocerla. Tal han procedido la mayoría de los pueblos desde los helénicos que han mantenido su mitología.

«Es una lástima — se lamenta el historiador Cevallos — que los conquistadores europeos, ansiosos sólo de desenterrar los tesoros que buscaban, no nos hubiesen transmitido esos vestigios que la ciencia y la paciencia habrían al cabo alcanzado a comprender y descubriéronos luego las antigüedades de esta parte del Nuevo Mundo, perdidas ahora en la noche de los siglos». (2)

Quito no conserva edificios históricos de esa época. Los muros de Callo, lo más cercano a la vetusta capital del reino, son una ruina lamentable. Todo lo que existe en la escala constructiva es colonial. En monumentos no llegamos a la grandeza azteca ni maya. Cuando más los indios eran hábiles en labrar la andesita. Las canteras del Pichincha son testigos de los asiduos trabajos de los picapedreros indios. Son los únicos artífices que ahora levantan atrevidas columnas, ornamentales capiteles, airoas balaustradas, cornisas, filigranas y encajes de ese duro material. Quito está lleno de las obras de esos infatigables «canterones», como les llama el pueblo. En estos días es maravillosa muestra de su arte, la cripta donde está depositada la urna cineraria del Mariscal de Ayacucho.

Gozó Quito de buena reputación por sus apacibles auras y su convite franco a la salud. «Por su clima primaveral, los conquistadores la llamaron, desde el principio, «Vergel de las Indias, «el siempre verde Quito», denominación ésta que consta en uno de los mejores poemas de Lope de Vega, como nos lo da a conocer el Padre Morán de Buitrón». (3)

Desde el principio, los poco afortunados quiteños han sido protagonistas de dramas pavorosos que les otorgan la aureola del martirio.

No hay tragedia más emocionante, en la primitiva historia de América, que el suplicio del auténtico quiteño, el Emperador Atahualpa, conquistador del Perú. Da fe de su procedencia el primer secretario de Pizarro, Jerez, que le tratara a menudo y le visitara en la prisión, en una amistad de más de ocho meses. Este mismo cronista expresa del padre del Monarca quiteño que «era tan temido y obedecido que le tuvie-

(1) Las antigüedades de Manabí del señor Marschall H. Saville. — Taller Anexo a «El Cronista». — Portoviejo. — (Seis cuadernos traducidos del inglés por el Doctor Wilfrido Loor).

(2) Pedro Fermín Cevallos — Resumen de la Historia del Ecuador — Tomo I.

(3) Collano Monge — «Lauros». — Quito — Imprenta y Encuadernación Nacionales — 1910.

ron cuasi por su dios». Consigna que «dejó por señor de la provincia de Quito, apartada del otro señorío principal, a Atabalipa». Zárate afirma que Huaina Cápac quería a Atahualpa más que a sus demás hijos y le dejó bajo la custodia de tutores cuando se marchó a visitar tierras del Cuzco.

Dueño de vastos y ricos territorios, que despertaron en los conquistadores españoles incontenible vesanía de poseerlos: apagaron su vida a los 31 años, según consta en el informe del Cabildo de Jauja. Leemos en el Inca Garcilaso que Atahualpa se mandó enterrar en Quito, con sus abuelos maternos. Su naturaleza era de Quito, anota Miguel de Istete.

El inteligente monarca quiteño, ágil de pensamiento, fácil de comprensión, sereno en la adversidad, señoril en el talante y sus maneras, arranca hondas simpatías de cuantos recorren las primitivas páginas de la prehistoria ecuatoriana.

No obstante el oro que se amontonó para su rescate, fue víctima de la codicia y de la ignorancia. Hoy día, al considerar aquella montaña áurea, traída de las lejanías de su imperio, de cien distintos lugares del amplio Tahuantinsuyo, se creería que han surgido, en la calenturienta imaginación, los cuentos orientales.

Atahualpa es encumbrado símbolo de América. Llegará la época en que se le haga justicia, levantándole reivindicadores monumentos, tal como con su magno Emperador han hecho los mexicanos.

El patriotismo debe arrancar desde la sublimación al ajusticiado Atahualpa, sujeto a dolorosa y ridícula comedia que mancilla el espíritu de aventura, el valor indomable y los merecimientos de aquellos ignaros y fuertes conquistadores que imperturbables se reían del mortal peligro, y que acabaron por devorarse entre sí como hambrientas fieras.

La epopeya del señor de estas tierras, del indio, empieza con el martirio de Atahualpa; epopeya enaltecida más por el engaño de que fue objeto.

¿Qué incufeso rencor estuvo fermentando en la intonsa alma de Pizarro, herido en su amor propio, al verse humillado por el guerrero indio, fatalmente vencido, por el amo de otra civilización?

El conquistador resuelto, el héroe de la Isla del Gallo, el pastor trujillense, de corazón de león y brazo de hierro, no sabía leer ni escribir. La inferioridad fue sentida al momento por el Emperador quiteño de clara visión, que hasta el complicado juego de ajedrez dejó en breve de ser misterioso para su cerebro de otra raza.

En la vida de los grandes conquistadores españoles, de esas voluntades de acero dispuestas a morir en aras de sus no menos férreas opiniones, sorprende, con el escalofrío de la emoción, la figura esforzada de quien se estuvo negando a volverse con Tafur. Con mano firme y la punta de su espada trazó un surco en la tierra invitando a sus camaradas que lo salvaran con un paso al frente, de cara a las ricas tierras del Perú. Catorce audaces le acompañaron, dejando atrás a Panamá.

Hombre más o menos obscuro hasta la media centuria, de valor a toda prueba, animado por la audacia de las resoluciones que transparentan su carácter, aventurero que jugaba con la muerte, espíritu práctico y sagaz en medio de la ignorancia de los libros, animado por la fe del carbonero, jamás se acobardó. Pertenece a la época de la opulenta y aguerrida Trujillo, que presenciaba los aprestos bélicos con Portugal.

No se le ha de sentenciar a Pizarro a la luz de la crítica moderna, que convertiría en crimen de lesa educación no saber leer ni escribir, sino que hemos de trasladarnos a los viejos tiempos de mediados del siglo décimo quinto, en el que era frecuente que notables personajes por su abolengo y su fortuna descuidasen su cultura personal: centuria en la que la diligencia de la espada suplía a la torpeza de la pluma, según la bella expresión del historiador Vizconde de Amaya.

Don Antonio de Orellana - Pizarro Pérez Aloe ha publicado interesante biografía de Pizarro dedicada al Perú. Con ingenio y cariño de rancio connotado, defiende algunos hechos del rudo conquistador. La historia no los atenúa. ¿Quién osará justificar la ignominiosa muerte que dió al príncipe ecuatoriano, al sesudo y perspicaz Atahualpa, contra todas las leyes de la hidalguía y del derecho de gentes? El mentido rescate de oro nos llena de pavor y de indignación. Se hartaron del vil metal y éste, en vez de salvarle, aceleró el suplicio de Atahualpa.

Estas sombras siniestras del insigne político y gobernante, fundador de más de veinte ciudades, constan en el reverso de su genio fulgurante, firme en sus convicciones de creyente, que hasta en la trágica y mortal arremetida no perdió la serenidad, al despedirse de la vida en su palacio. Septuagenario ya, tuvo fuerzas para defenderse heroicamente y sellar con su sangre la cruz en nombre de la cual luchara, desde que se había alistado a las órdenes de Ojeda y otros bravos capitanes españoles, en la abrasadora Panamá.

Al juzgar Dn. Manuel Reventós y Noguer la obra del Vizconde de Amaya, aplaude el colorido del narrador, cuyo trabajo «es por todos estilos el libro de un gran Señor, cual a su autor corresponde». Ha publicado importantes documentos, amorosamente conservados en su archivo y desconocidos hasta el día, que presentan a Pizarro desde puntos de vista no trillados por los historiadores.

Según lo observa Reventós «en cuanto a Gonzalo Pizarro, padre del conquistador, sienta de manera clara y terminante que no era un pacífico burgués propietario de manadas de cerdos en Extremadura, como le pintan la mayoría de los biógrafos e historiadores, sino un varón ilustre, noble, mayorazgo y guerrero por vocación, que peleó primero en las guerras de Italia, al lado de Gonzalo de Córdoba; después en Navarra, muriendo en Pamplona a consecuencia de unas heridas que recibió en el sitio de Amaya. Su hijo Francisco no fue, no pudo ser, por tanto en sus años mozos, el porquerizo de su padre en que muchos le han convertido».

Empero, la memoria de Atahualpa se alzaré siempre como indeleble acusación. Su tradicional áurea opulencia le perdió. ¿Cómo perdonar al millonario? Según el cronista Luis de Navarro, las andas en que el Emperador Atahualpa entró en Cajamarca parecían «un tablón de oro que pesaba un quintal». No hay noticia, en el mísero planeta, de rescate más valioso como el deslumbrador de Atahualpa: alcanzó a tres millones y medio de libras esterlinas, observa Juan de Almunia, los que, reducidos a duros, son cerca de quince millones. Prescott también se maravilla. «La cantidad de plata calculase — son sus palabras — en 56 610 marcos. No se cuenta en la repartición una gran cantidad de vasos de oro y otros objetos, por lo que no es exagerado evaluar el total del rescate en veinte o

veinte y dos millones de duros. Los plateros, para reducir a barras el oro y la plata, aún trabajando día y noche, tardaron un mes».

Tan fabuloso fue el tesoro del gran Inca, al que no se le hiciera gracia de la vida, que «el quinto del Rey de España, conforme al mismo Almuña, alcanzó la suma de cien mil pesos oro, cantidad que le envió con Hernando Pizarro el 23 de Julio del mismo año de 1533, un mes más tarde de hecha la repartición».

La codicia del refulgente metal engendró crímenes sin cuento, perpetrados por los que profanaron el Nuevo Mundo. «¡Tantos horrores y maldades tantas por el oro que hollaban nuestras plantas!», exclama con justa indignación, en santa epifonema, el excelso bardo Olmedo. (1)

Profundo símbolo del oro de América es la despiadada extrangulación de Atahualpa. ¡Brille su recuerdo con las formidables refulgencias de la reparación!

* * *

El Quito aborigen fue ensanchado por los conquistadores españoles. Convoca Benalcázar al Cabildo. Se distribuyen solares entre más de doscientos vecinos de raza blanca. Tienen, sí, en la cuenta de repartos, supremacía los dilatados terrenos para templos y monasterios, cuyos perímetros hasta ahora suman áreas de áreas.

Más tarde se le agracia con el título de ciudad. En 1556, el Emperador Carlos V le honra con el mote de muy noble y muy leal.

Lento su desenvolvimiento, se ve abrumada por la oscuridad, pobreza y monotonía, que se prolongaron por siglos, pesando como una montaña sobre los legítimos señores del rincón andino, a quienes no se quería ni instruir ni considerar socialmente. Indios y mestizos, eran en el trato poco menos que apestados.

Contó con escaso número de hombres ilustres por su saber y su arte, por más que la vanagloria nacional nos ofusque. No ha de herirnos tanta ignorancia y abandono, si otras ciudades, dotadas de envidiable situación geográfica, fueron también aldeas, al fin y al cabo, como Buenos Aires. La sombra de Condorazo, desde solitaria oquedad de la cordillera oriental, parecería llorar por la suerte de los suyos y el estancamiento de su raza, en la que se destacaban los bravos quiteños Atahualpa, Calicuchima, Quisquis, Espejo, indios famosos. En la alborada del siglo diez y ocho, se queja un viajero francés de lo mal construídas y sucias de las casas de Buenos Aires. «La razón está en que, careciendo de piedra y madera, los habitantes se han visto obligados a servirse de tierra, que encajonan entre dos tablones, o de adobes secados al sol, por no tener leña para co-

(1) José Joaquín Olmedo — En su poema "La Victoria de Junín — Canto a Bolívar". En la misma obra se leen otros versos de más fuerte acusación.

cerlos. Todas son bajas: no hay cuatro, creo, que tengan un primer piso: los vientos son allí frecuentes y terribles, y esta es la causa» (1).

Sistema igual al de las tapias apisonadas que hasta ahora se usan, lo mismo que los adobes, para muchas construcciones en Quito. Confirma lo aseverado Durret, también francés, que anota que las casas son de un solo piso. «Las puertas de las casas, los cofres, las canastas, los sacos y las bolsas, están hechas de cuero con su pelo natural, hasta las paredes de los jardines y una parte de las casas están cubiertas de la misma manera».

«No puede ser más gráfica la descripción, comenta el gran sociólogo Dr. Quesada. Esta inmensa ciudad de hoy era una misérrima aldea entonces: sus calles eran lodazales enormes, en los cuales se enterraban a las veces cabalgaduras y rodados: la costumbre de ensartar sapos para arrojarlos al pantano, a fin de que allí se pudrieran, es característica» (2). Avanzando un poco, en 1748, informaban Jorge Juan y Antonio Ulloa «que las casas, aunque en lo antiguo eran por la mayor parte de tapias, cubiertas de paja y bajas, moderadamente se han mejorado, construyéndolas de cal y ladrillo, con un alto, y casi todas están cubiertas de teja».

Según fray Pedro José de Porras, Buenos Aires en 1753 tenía veinte mil almas, «y se cree que en breve tiempo será tan grande que pueda competir con Lima».

No es, pues, de escamarse ni sorprenderse por el atraso colonial de Quito y por su lento desenvolvimiento, si se analizan serenamente las circunstancias que le rodearon, no siendo las menos graves la naturaleza del suelo en que la ciudad se asentó, para obrar prodigios de desbanque, cimentación, cierre de quebradas, modificación de las bruscas gradientes, ensanchamiento de calles, canalización, pavimentación, estudio de planos para salvar eminencias y ondulaciones, abras y retorceduras, etc. La urbanización, que en la llanura o en otras poblaciones no es problema casi irrealizable, lo era en Quito, en el que se han sepultado, por la mano gentil y emprendedora de los ciudadanos, muchos millones, para que pueda surgir el edificio sobre arcos atrevidos y profundas bóvedas.

Quito, la muy amada, con sus calles tortuosas y estrechas, de nombres que aluden a escenas tradicionales; con sus casas de marcada fisonomía, iba paulatinamente ensanchando su radio, trepándose a las laderas, derramándose por vericuetos y barrios de extraña poesía, tranquilos, adormecidos, que parecieran guardar el polvo de las centurias. Su musa es la melancolía, hermanada por la pobreza, que han poblado de leyendas y prodigios algunos callados rincones que custodiaban cruces e imágenes devotas. Ciertas esquinas y callejas, hasta ahora, aluden a ellas. En pétreos atrios abren sus brazos enormes cruces de piedra y en hornacinas, visitadas a menudo, no faltan bujías y ofrendas piadosas. Los muros conventuales de la zona céntrica le ciñen austeramente.

En evocación de maravillas, lentamente ha visto surgir, del laberinto de operarios, indígenas la mayor parte, la majestad de algunos templos, emporios de riqueza, urnas relucientes de oro, monumentos colosales que

(1) Ernesto Quesada. — "La ciudad de Buenos Aires en el siglo XVIII" — Córdoba — Bautista Cubas — 1918.

(2) Id.

exaltan su arquitectura y están desafiando a los siglos. Por otras secciones modernizadas, ha hecho prodigios para surgir, enterrando en sus quebradas valiosos cimientos, dando solidez al bloque vecino a la grieta, a fin de que las amplias y señoriales moradas se levanten, estáticas y estéticas, sobre base resistente. ¡Difíciles construcciones que no se aprecian, porque brotan de lo profundo domando la furia del abismo, venciendo la rebeldía del subsuelo!

Si Quito se hubiera desplegado en una planicie ¡qué ciudad tan hermosa! Pero la misma desigualdad de su estructura, motejada por un talento colonial en burlescas décimas, (1) las arrugas que presenta, la vuelven típica, inconfundible. Posee auténticas bellezas, medio ocultas todavía, a causa de los repliegues del terreno, de la caprichosa configuración topográfica.

Modestamente le ha revestido la teja, de modo que no son frecuentes las terrazas, minaretes y azoteas altas. Torres y cúpulas la custodian, en medio de la uniformidad de sus remates. En arranque atrevido, uno que otro edificio particular, algún palacio, algún flamante chalet, quiebran la armonía del conjunto y ostentan estilos arquitectónicos extraños al ambiente. ¡Lástima de profanación de su augusto semblante colonial!

Entregada antaño al chisme dominador en solares chicos y a la plegaria casi maquinal, su vida quieta, aburrida y mísera, se interrumpía únicamente, más que por los escándalos políticos, por los religiosos. Impe-raban las congregaciones monásticas y llevaban la batuta en lo sacro y lo profano. Este gran convento, que a veces vestía de gala y se despojaba del hábito de su tristeza, ha guardado episodios que desconciertan.

En medio de tal atraso de costumbres y desdorado predominio de institutos relajados, las ideas eran estrechas, sin horizontes. Apenas un puñado de aficionados juveniles se dedicaban al estudio, sin plan ni método, porque el conocimiento capital era el teológico. De aquí el mal gusto literario, el gongorismo, la oscuridad de conceptos, la intolerancia, la charla metafísica que todo lo afeaba y confundía, con la telaraña dialéctica, encerrada como en una cueva. El escrúpulo de conciencia en los más estaba muy lejos del misticismo que acentúa honda piedad en las almas. Nada de autenticidad piadosa y mucho de esplendor externo, de pagana pompa, de fatuidad ritual. Pobreza y alojamiento de los resortes morales, por una extraña paradoja, aumentaban el lujo. Este cáncer social es morbó muy antiguo. Adoración a las sedas y las joyas ha originado dramas infernales. En sus aras se quema todo: se le ofrecen los más inhumanos sacrificios. Pobreza y lujo no se reconcilian. Con todo, ambas imperaban en estos esquilmados dominios. Observábase el fenómeno de que, a mayor pobreza, más lujo había, por más que se multiplicasen los hogares sin lumbre y las andorgas vacías. El pordioserismo pulula por las callejuelas, invocando en vano el nombre de la divinidad. La quijotería, que no se sa-

(1) El jesuita Juan Bautista Aguirre, natural de Daule. Nació en el primer cuarto del siglo décimo octavo. Dictó filosofía en la Universidad de San Gregorio. Murió en Italia en 1786, a los 61 años de laboriosa existencia.

cia de beber ocio y miseria, desdeñaba el trabajo. Riñas eternas por no acoger la ocupación de los criollos y menos cooperar al esfuerzo del indio.

El lujo ha impulsado — en labor suicida — a menospreciar los productos nacionales. La malsana corriente viene de muy lejos. Lujo deslumbrador en fiestas religiosas y en sus derivaciones: los espectáculos profanos. Suntuosas procesiones, derroche de oropeles y flores, ricos mantones de Manila y fina pasamanería en los balcones, coladuras de seda y raso, cirios labrados, incienso, andas de plata, altares como ascuas deslumbrantes, contrastaban con la indigencia callejera, con el desaseo, con la mezquindad de las viviendas, en los barrios humildes y agobiados por el hambre.

Henchidos de ostenta, los regocijos públicos, especialmente en las corridas de toros, aun cuando para sostener el rango o llenar el compromiso hubiera que pasar bajo horcas más atrocés que las caudinas. Indumentaria costosa y de gala, terciopelo y gemas de aguas puras, invitaciones principescas de unos pocos, orgullo en la presentación de las clases distinguidas que trataban con la punta del pie a indios y mestizos, antítesis repugnantes y desconsoladoras. La vajilla de oro y plata era escarnio ante el cacharro despreciable y los objetos de barro o de tosca madera de las viviendas oscuras.

Hasta ahora los indios, en sus fiestas, buscan llamativa ornamentación y suelen alquilar joyas valiosas para sus penachos, para los birretes de los «danzantes».

* * *

Hospitalaria Quito, hospitalaria hasta lo inverosímil, abre sus brazos gentiles a todos, siempre sonriente, buena, insinuante, obsequiosa. Posee dón de gentes y estima a todos los que, sacudiendo el polvo del camino, penetran en sus lares. Su amplitud es cosmopolita. Se duele de los peregrinos y cifra su dignidad en portarse caballerosamente y causar no desagradable impresión al turista. He oído a extranjeros, procedentes de opulentas metrópolis, emporio de comodidad y de civilización, suspirar por Quito y volver a su tranquilo seno, sin acostumbrarse ya al desgaste nervioso y a los atronadores ruidos de las ciudades populosas. Su gesto nostálgico ha sido sincero, sin que haya de traducirse por adulo al dueño de casa. Citaría casos de diplomáticos que han morado en Quito más de la mitad de su vida, sin empeñarse en cambiar de representación. Han adquirido propiedades y se han dispuesto a pasar su vejez en la plácida calma que les ha sido tan propicia.

Un insigne artista, mago del violoncello, que había recorrido medio mundo, me decía, en la intimidad de las confidencias: «No sé qué simpatía, que no me explico, me impulsa, muy de corazón, a amar a Quito, en la que he vivido días de inolvidable deleite espiritual y quietud tonificante» (1).

(1) Bogumil Sykora. Dos veces, en largas temporadas, visitó Quito y dió 25 brillantes audiciones, con social aplauso.

Legado de nobles sentimientos su afán anímico en agasajar al forastero y hasta abrumarle de atenciones. Su gracia inconfundible toca el resorte de la amabilidad y los obsequios, a fin de que la armonía hospitalaria triunfe siempre, como nota dominante. Sabe cautivar: escribe páginas excelentes en el corazón de cuantos la visitan.

No hay indigencia que se detenga ni obstáculo que subsista cuando del milagro hospitalario se trata. Pone en juego hasta la abnegación, en el anhelo generoso de atender al que viene de otros horizontes a contemplar el cielo despejado de Quito. Con desprendimiento de su persona, el solícito vecino, el hijo del pueblo se eclipsan, para que únicamente brillen sus huéspedes, sin detenerse a averiguar zonas de prestigio, abolengos aristocráticos ni antecedentes deslumbradores. Por esto — tal es su magnanimidad — más garantías hallan los que no son de Quito, que los que nacieron junto al Machángara. La paradoja va en mengua de lo familiar, de lo propio e íntimo. Pobres y ricos, agotan sus economías para que el huésped se declare satisfecho.

Virtudes y vicios integran la caduca dualidad humana. ¿Cómo negar los de las colectividades? Pero, en el balance, sobresalen las virtudes, sin desconocer por esto los añejos e incorregibles defectos de los quiteños, aparatosos, aficionados a vestir bien, a derrochar tiempo y disfrutar del dulce ocio. susceptibles, sensuales por añadidura.

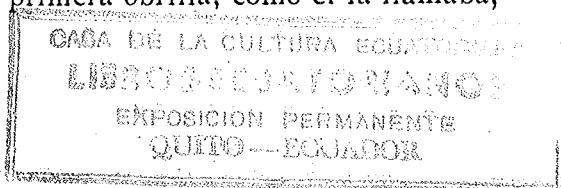
El pecado muy humano tienta a la mayoría. No ejemplarizaron los gremios que predicaban castidad. El celibato fue donosa burla en la orgía colonial de las comunidades que no se resolvían a abstraerse del mundo.

¿Qué son, sino, culto a la sensualidad, en el fondo de la alegría, a veces feroz y que llega al vértigo, las fiestas populares de toros, de carnaval, de inocentes? Oficia Baco descaradamente y cuando llama a los mortales con su tirso de hojas de parra, la locura contagia a los más austeros.

* * *

Contra semejante medio ambiente, contra la estrechez de miras, el egoísmo, la pobreza y la incomprensión, un indio excelso fue la protesta viviente. Espejo se alzó a combatir, sin atenuaciones, la podredumbre que le rodeaba. Sin misericordia, su pluma fustigaba. «Estamos destituidos de educación, decía; nos faltan los medios de prosperar; no nos mueven los estímulos del honor, y el buen gusto anda muy lejos de nosotros».

Sufrió mucho, porque es táctica de sacrificios hablar la verdad, con el rechazo del adulo a los contemporáneos a quienes recordaba que viven «en la más grosera ignorancia y la miseria más deplorable. Esta provincia no tiene modo de subsistir por su demasiada pobreza». Montalvo no se cansó de proclamar que éramos semibárbaros, sin duda recordando a Espejo, que también usaba el duro epíteto, porque comprendía que desde las aulas coloniales las sombras eran espesas. Sentíase el doctor Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo «capaz y con valor de promover la reforma de los estudios atrasados y rutinarios de la colonia, pero escaso de recursos no podía hacer imprimir su primera obrilla, como él la llamaba,



ni aun se atrevía a presentarse de frente, siendo como era criollo, meztizo, casi indio puro, y conociendo los arraigados y soberbios prejuicios y preveniciones de los peninsulares, de los nobles y de todos los que se llamaban blancos contra la raza indígena, de donde había salido él con tanto brillo». (1)

Desató tempestades el indio rebelde con sus escritos. Su «Nuevo Luciano», que circuló manuscrito, «produjo tal comoción e irritación entre la gente leída y escribida, especialmente entre los frailes y clérigos y todos sus amigos y partidarios, que no es fácil concebir la saña con que se maldecía del libro, que desde luego, sin más ni más, se calificó de libelo infamatorio, calificación que hoy nos hace soureir». (2)

Punto de grave consideración es cómo se puso al margen de la sociedad, a causa de su apostolado que tendía a la mejora educativa. Infortunios y ataques abreviaron sus días. «Hervía el reconcentrado rencor de todos los que por criticados se sentían agraviados, y de buena gana habrían hecho recaer todo el peso de su ira sobre el insolente, el atrevido, el infame, si lo conocieran: mas Espejo logró en los primeros meses guardar el incógnito, hasta que al fin se rasgó éste, y no cabiendo ya duda acerca del autor del *Nuevo Luciano*, esta obra de crítica literaria, que hoy pasaría por moderada junto a las de Valbuena o un Calle, entonces fue cosa inaudita entre nosotros, y le suscitó enemigos encarnizados por docenas, le amargó la vida y contribuyó, a no dudarlo, a su prematura y dolorosa muerte». (3)

Semilla saludable de censura social derramó un auctóctono morador del rincón de los Andes, que lograra asimilarse la cultura europea y vislumbrar los adelantos del porvenir.

Quiteño legítimo, su obra moralizadora es admirable en bien de sus compatriotas que tanto le desconocieron y hostilizaron. Forjador de rebeldías, preparó el terreno para los cultivos de la libertad. Difundiendo ilustración, puso su empeño en distinguirse en la medicina, aun cuando sus nociones en otras materias eran enciclopédicas. Enarboló, el primero, el estandarte del periodismo, bajo cuyas banderas militarían, más tarde, tantos ingenios.

Aparece como revolucionario en la ingenua pereza mental de esos tiempos, que no ahondaban nada, satisfechos con pocos libros, los más de ellos teológicos. ¿Llegaron a sus noticias los métodos pedagógicos de Pestalozzi, que murió treinta y dos años después, aunque le adelantó un año en su nacimiento?

Sea de ello lo que fuere, lo auténtico es que en las postrimerías del siglo décimo octavo traza a los maestros un sendero metodológico para educar a los niños, despertar su atención y proceder gradualmente en materia de enseñanza.

(1) Dr. Manuel María Pólit Laso, Arzobispo de Quito. — Marco Porcio Catón — [“Memorias de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española”. Nueva Serie. — Entrega Primera. — 30 de Abril de 1923].

(2) Id.

(3) Id.

Estudioso facultativo que ha profundizado la obra de Espejo, sobrio en las alabanzas y austero en su manera de pensar, el Dr. Gualberto Arcos, contempla así al precursor: «A Espejo le miramos siempre a la vanguardia, dice; con la antorcha del civilizador por delante: con ella alumbraba a sus conciudadanos en las encrucijadas del camino, en las que les aguardaba escondida la muerte, el hambre, la miseria, el dolor». (1)

Suelen traerse a colación, por prurito vanidoso, que es debilidad nacional, nombres y más nombres de ilustres varones coloniales: pero el catálogo es exagerado, pues los valores son relativos. Los pigmeos, aun apreciando atenuantes de la época, aparecen como gigantes por la lente de aumento del patriotismo. Si se examinaran a conciencia hechos y obras, se hallaría que la producción es pobre y que el análisis imparcial no autoriza alabanzas.

Por un sabio Maldonado, por un curioso y venerable historiador Velasco, por un orador y catedrático Juan Bautista Aguirre, por un Mejía, Antonio Alcedo y Gaspar Villarroel, por unos pocos eruditos más y artistas ¡cuánta medianía, cuánta anemia intelectual!

Del arsenal de sus libros, se sacarían armas dialécticas e ilustrivas para ganar batallas de cultura iniciadas por Espejo. Genial es quien de esta guisa reflexionaba en 1785: «A nadie debe admirar que sea vasto e inmenso el país de los conocimientos humanos, ni que éstos sean debidos siempre, o más frecuentemente, a la casualidad, que a la meditación. Pero debe ser cosa digna de mayor asombro que los conocimientos que pertenecen al primer objeto, que se presentan inevitablemente a los sentidos, se substraigan a la vasta comprensión del espíritu, o huyan muy lejos de su vista extensa, luminosa y penetrativa. Entre tantos y tan innumerables entes que cercan al hombre, su cuerpo es el primero que se le descubre y como es una cosa que le toca tan inmediatamente, es sobre el que recaen sus primeras advertencias».

En un centro de alta cultural de la Capital de Venezuela (2), por invitación muy honrosa, me fue grato dejar constancia, en síntesis, del quitesismo profundo de Espejo:

«¿Qué hombre de ciencia, nutrido con médula de realidad, — poco más o menos interrogaba entonces, — amó más a su querida Quito, desvelándose por lo que hay de positivo para los pueblos: su estado sanitario y su independencia?.....»

Sus sentimientos humanitarios, su profesión médica, se pusieron de relieve allí donde la indicación, el auxilio eran urgentes, probando la grandeza de su alma, que combatió contra odios y prejuicios, contra los privilegios de casta y el menosprecio de los poderosos. Su indómito carácter, arrecife era contra el que se estrellaban tumbos de maledicencia, oleajes de crueldad. La firme roca moral resistía los emba-

(1) En su erudita introducción al libro "Reflexiones Médicas sobre la higiene de Quito por el Dr. Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo" — Quito.— Imprenta Municipal.— En otro libro no menos interesante y aplaudido (La Medicina en el Ecuador — Tip. L. I. Fernández — Quito — 1933) el Dr. Arcos estudia con igual esmero a Espejo.

(2) La Academia Nacional de Historia, de Caracas, de la que es Director el Dr. José Santiago Rodríguez — (Véase la pág. 10 del N° 65 del Boletín de dicha Academia).

tes de las pasiones, siempre erguido y sereno. Contra él iban dirigidas envenenadas flechas de calumnia, quijoterías de raza. No temió restarse adepto cuando procedía recta e imparcialmente, lanzando pullas a lo que no juzgaba correcto. Su temperamento satírico, amante de la burla, le conquistó dificultades. No se salvan de su censura ni instituciones ni individuos de campanillas, cuando halla suficiente motivo para el varapalo.

Su auto-educación aceró su voluntad, librándole de las preocupaciones. Sus miras, saliendo del estrecho terruño, fueron de vasto escenario. En la historia universal también hallaba apoyo para sus teorías y lucraciones.

Se adelantó a su época, asimilándose cuanto saber corría por el Viejo Mundo, en medio de las dificultades de conseguir libros y reunir informaciones. Columbra en el campo de la ciencia las categóricas conquistas del mañana. Presintió los descubrimientos de Pasteur en lo que se refiere a los agentes patógenos. Vió en la lejanía lo que casi un siglo más tarde sostendría sobre los mosquitos, como vehículos de contagio, el médico cubano doctor Finlay. Su fina intuición le impulsaba hacia adelante.

Puso cátedra contra las epidemias, no sólo en teoría, sino obligando a las autoridades a la frecuencia de eficaces procedimientos, iluminada su alma por la fe del amor a la patria. Todo buen ciudadano, según su credo cívico, ha de procurar el aumento de la población, fundamento de positivo progreso. Años después, un gran estadista argentino, en sus luminosas «Bases», había de sentar el mismo principio: «Gobernar es poblar». Alberdi vino después de Espejo. No se empaña con ello gloria alguna, pues casi seguro es que ni siquiera oiría el nombre de este quiteño ilustre; pero constan sus precursoras palabras.

Para acentuar sus ideas, pone ante los ojos de sus compatriotas el elocuente cuadro de la historia antigua, demostrando cómo viejos pueblos procuraron la propagación de la especie. Recordaba, con cita de Dionisio, la arenga de Augusto a los caballeros romanos en favor del matrimonio.

¿Cómo florecerá su amada urbe si se debilitan, si se destruyen, por el rayo de las enfermedades, tantos botones en flor?

Por esto, se desvela para especializarse en el estudio de endemias y epidemias, azotes de Quito, como el sarampión y la viruela, pidiendo el aislamiento inmediato de los apestados. Se lamenta de la desaparición, en plena juventud, de dos mil quiteños, individuos aptos para el trabajo, útiles para la sociedad, hijos del pueblo, es decir, fuerza nacional, temprana y estérilmente agostados.

El mismo pierde, en 1774, a su hermano, víctima de la viruela, del morbo cuyo origen rastrea, inquiriendo como vino a la América. Sospecha que lo trajeron los españoles en sus galeones.

Obsesionado por dominarla, refería que en 1871, su otro hermano, el Licenciado Juan Pablo de Santa Cruz y Espejo, salvó en el pueblo de San Regis, a un neófito suyo atacado de viruelas, apartándole de las miradas curiosas y auxiliándole caritativamente en la soledad.

Ilustrando su monografía histórica de la viruela con alusiones a Hipócrates, Tucídides y Plutarco, no descansa en buscar los más atinados remedios, en impedir su propagación, escogiendo un edificio a inmediaciones

de Quito, en el Norte de la ciudad, en el Batán, para lazareto de los apesados, enunciando las condiciones propicias del sitio y de la casa, el aire puro, el desagüe y otras particularidades higiénicas. Ahondó la botánica para servir a los enfermos.

También puso su afán en descubrir el mal de manchas o peste de los indios, que más de una centuria después ha llamado la atención de estudiosos médicos quiteños. En la lepra, en otras enfermedades virulentas y contagiosas, se ocupa con solícito cuidado. Su afán fincaba en la modificación de las costumbres.

No tuvo empacho en señalar desenfadadamente la « falta de educación de este país », como germen de innumerables daños. El no aduló, atenuando las cosas. Dijo la verdad descaradamente, aun con peligro de que se afectara el amor propio de sus conterráneos. Su misión cultural no entraba en componendas.

Si Quito, a la sazón, contaba, según sus cálculos, con veinte mil habitantes, amargo, desconcertante era que las epidemias hubieran barrido para siempre a tres mil personas, lo que constituía « un atraso considerabilísimo a la población ». Atacando negligencia y egoismos, quiso enmendar la higiene de la casa de rastro, del hospital, de los monasterios, de otros establecimientos públicos e instituciones, predicando al pueblo « que todos tenemos necesidad de hacer los mayores y más dolorosos sacrificios en bien de la Patria ».

Enérgicamente reprueba que el interés del público sea sacrificado al interés individual. Batalla sin treguas contra los egoistas « cuyo cruel designio es atesorar riquezas, solicitar honores, gozar de los placeres y de todas las comodidades de la vida a costa del Bien Universal : en una palabra, ser los únicos depositarios de la felicidad, olvidando enteramente la de la República ». Apoya en Pufendorff sus altruistas convicciones acerca del bien público ». (1)

Habría deseado reproducir todo lo que a la sazón expuse acerca de su espíritu patriótico y abnegado, curtido en la adversidad ; todo lo que consigné sobre su valiente prolijidad en adelantar vicios y abrir su corazón a la gente pobre ; todo lo que merece recalcar acerca de su avanzada cultura, debida a sus propios esfuerzos.

Basta, para su gloria inmarcesible, hacer hincapié en que concibió la idea de emancipar a su suelo natal y, con él, a las colonias hispanoamericanas. Considerando este punto, el austero historiador González Suárez le llama gran hombre, poseedor de cualidades nada comunes ; el Dr. Arcos le contempla como a Vulcano. (2)

Quito, que se viste de gala para la apoteosis de sus hijos inmortales, cuenta en su solar de íntimos afectos, a dos figuras de radiosa majestad, entre la constelación de talentos que aquí mecieron su cuna : Atahualpa,

(1) Tomado, aunque no textualmente, del «Boletín de la Academia Nacional de la Historia». — Tomo XVII. -- Enero - Mayo de 1934 - No. 65. — Caracas-Venezuela. — («Un Precursor de Libertad y Cultura», por Alejandro Andrade Coello).

(2) «Cual nuevo Vulcano, forjó en la ardiente fragua de su cerebro el eje sobre el cual debía moverse su patria hacia la autonomía». Dr. Gualberto Arcos. (Obras citadas).

en la alborada de la conquista, y Espejo al fin de la Colonia y primeros destellos de la independencia americana.

Estos dos gigantes, distintos en su cultura, se unen estrechamente en la excelencia de su sangre. Son los legítimos señores de estas tierras, los indios auténticos, que traducen con su vida la eternal protesta por los desaires y sufrimientos de que fue víctima la raza vencida.

Alejandro Andrade Coello.

Quito, a 28 de Agosto de 1934.

